



Parroquia Sagrado Corazón de Jesús (san Diego)

Cartagena

RECURSOS LITÚRGICOS



PENTECOSTÉS. Cielo B. (Misa del día)

LECTURAS DE LA MISA DE VÍSPERAS DE PENTECOSTÉS

1ª Lectura

Lectura del libro del Génesis (11, 1-9)

Toda la tierra hablaba la misma lengua con las mismas palabras. Al emigrar (el hombre) de oriente, encontraron una llanura en el país de Senaar y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: "Vamos a preparar ladrillos y a cocerlos." Emplearon ladrillos en vez de piedras, y alquitrán en vez de cemento. Y dijeron: "Vamos a construir una ciudad y una torre que alcance al cielo, para hacernos famosos, y para no dispersarnos por la superficie de la tierra." El Señor bajó a ver la ciudad y la torre que estaban construyendo los hombres; y se dijo: "Son un solo pueblo con una sola lengua. Si esto no es más que el comienzo de su actividad, nada de lo que decidan hacer les resultará imposible. Voy a bajar y a confundir su lengua, de modo que uno no entienda la lengua del prójimo." El Señor los dispersó por la superficie de la tierra y cesaron de construir la ciudad. Por eso se llama Babel, porque allí confundió el Señor la lengua de toda la tierra, y desde allí los dispersó por la superficie de la tierra.

Palabra de Dios

Salmo responsorial: 103

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra

Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres!

Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto. **R.**

Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría;

la tierra está llena de tus criaturas. **R.**

Todos ellos aguardan a que les eches comida a su tiempo;

se la echas, y la atrapan; abres tu mano, y se sacian de bienes. **R.**

Les retiras el aliento, y expiran y vuelven a ser polvo;

envías tu aliento, y los creas, y repueblas la faz de la tierra. **R.**

2ª Lectura.

Lectura de la carta a los Romanos (8,22-27)

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos:

Hermanos: Sabemos que hasta hoy la creación entera está gimiendo toda ella con dolores de parto. Y no sólo eso; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la hora de ser hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvados. Y una esperanza que se ve ya no es esperanza. ¿Cómo seguirá esperando uno aquello que ve? Cuando esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia. Pero además el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el deseo del Espíritu, y que su intercesión por los santos es según Dios.

Palabra de Dios

EVANGELIO

Juan 7, 37-39

El último día, el más solemne de las fiestas, Jesús, en pie, gritaba: "El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí, que beba. Como dice la Escritura: de sus entrañas manarán torrentes de agua viva."

Decía esto refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él. Todavía no se había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado.

LECTURAS DE LA MISA DEL DÍA PARA LA MISA DE ADULTOS Y DE NIÑOS

1ª Lectura

Lectura de los Hechos de los apóstoles (2,1-11)

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería. Se encontraban entonces en Jerusalén judíos devotos de todas las naciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Enormemente sorprendidos preguntaban: "¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que a cada uno los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua."

Palabra de Dios

Salmo responsorial: 103

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres!

Cuántas son tus obras, Señor; la tierra está llena de tus criaturas. **R.**

Les retiras el aliento, y expiran y vuelven a ser polvo;

envías tu aliento, y los creas, y repueblas la faz de la tierra. **R.**

Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras.

Que le sea agradable mi poema, y yo me alegraré con el Señor. **R.**

2ª Lectura.

Lectura de la primera carta a los Corintios (12,3b-7.12-13)

Hermanos: Nadie puede decir "Jesús es Señor", si no es bajo la acción del Espíritu Santo. Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común.

Porque, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todo hemos bebido de un solo Espíritu.

Palabra de Dios

En el presente ciclo B pueden utilizarse también la siguiente lectura:

Lectura de la carta a los Gálatas (5,16-25)

Hermanos: Andad según el Espíritu y no realicéis los deseos de la carne; pues la carne desea contra el espíritu y el espíritu contra la carne. Hay entre ellos un antagonismo tal que no hacéis lo que quisierais. En cambio, si os guía el Espíritu, no estáis bajo el dominio de la ley.

Las obras de la carne están patentes: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, enemistades, contiendas, envidias, rencores, rivalidades, partidismo, sectarismo, discordias, borracheras, orgías y cosas por el estilo. Y os prevengo, como ya os previne, que los que así obran no heredarán el reino de Dios.

En cambio, el fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, compresión, servicialidad, bondad, lealtad, amabilidad, dominio de sí. Contra esto no va la ley. Y los que son de Cristo Jesús han crucificado su carne con sus pasiones y sus deseos. Si vivimos por el Espíritu, marcharemos tras el Espíritu.

Palabra de Dios

EVANGELIO

Juan 20,19-23

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en su casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: "Paz a vosotros." Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: "Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo." Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos."

En el presente ciclo B pueden utilizarse también la siguiente lectura:

Juan 15,26-27;16,12-15

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: "Cuando venga el Defensor, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo. Muchas cosas me quedan por deciros, pero no podéis cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues lo que hable no será suyo: hablará de lo que oye y os comunicará lo que está por venir. Él me glorificará, porque recibirá de mí lo que os irá comunicando. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho que tomará de lo mío y os lo anunciará."

MONICIONES

Monición de entrada

Queridos hermanos:

Hoy celebramos la solemnidad de Pentecostés. Con ello finalizamos el tiempo pascual e iniciamos la sucesión de diferentes solemnidades antes de regresar al tiempo ordinario. Pero la venida del Espíritu Santo no marca el final de una etapa, sino la continuación en el tiempo y en la historia del anuncio de Salvación que Jesucristo nos trae. Nosotros, como Iglesia, somos los continuadores de esta misión. Que el Espíritu de Dios derrame sus dones sobre nosotros en (esta noche) (este día), para que al igual que los apóstoles podamos vencer nuestros miedos y, alentados con el aliento de Dios, nuestras lenguas de fuego proclamen el anuncio de la salvación.

Monición a las lecturas

La Palabra de Dios nos ofrece en este fin de semana dos propuestas distintas: una para la misa de la vigilia de Pentecostés el sábado por la noche, y otra para el domingo. Estas lecturas complementarias abarcan desde el desastre de la torre de Babel hasta la armonía que el Espíritu Santo genera al derramarse sobre los primeros apóstoles. San Pablo también tiene un papel importante, ya sea en la carta a los romanos que se lee el sábado por la noche como a los corintios el domingo. En ella, siempre es el Espíritu el artífice y la fuente donde se nutre la Iglesia, especialmente a través de los dones y carismas que derrama en cada uno de nosotros. Finalmente, aunque el Evangelio de ambos días es de san Juan, se trata de textos distintos, aunque con el común denominador de la promesa cumplida en Cristo: enviarnos su Espíritu para que en su nombre continuemos su misión en el mundo.

Acción de gracias

Al acabar la celebración, demos gracias al Señor por llamarnos a ser sus testigos en medio del mundo, dándonos la fuerza necesaria para serlo. Toda nuestra vida está llena del poder del Espíritu Santo. En este Espíritu debemos apoyarnos, sabiendo que él es nuestra fuerza; la fuente de nuestra vida y de nuestro trabajo. Gracias, Señor, por elegirnos como templos de tu Espíritu. Gracias por llevarnos de la confusión de Babel a la armonía de los corazones unidos; por poner de nuevo en nuestras familias y en nuestra parroquia el aliento de tu boca y el fuego vivo que arde en nuestra alma, para llevar la buena nueva de la salvación al mundo entero.

ORACIÓN DE LOS FIELES (peticiones)

1. Que el Espíritu Santo sea siempre la fuerza y la guía de nuestras vidas, de manera que, sin temor, seamos valientes testigos del Señor en medio del mundo. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
2. Que el Espíritu Santo traiga paz a nuestros corazones, sobre todo a aquellos que más lo necesitan porque se encuentran perdidos y desorientados. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
3. Que, como templos del Espíritu Santo, podamos llevar el mensaje del Señor a todo el mundo, siendo misioneros de la alegría del Evangelio. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
4. Por todos los niños que están haciendo su primera comunión en estos días. Que este momento tan importante no se quede sólo en un bonito recuerdo, sino que transforme sus vidas y las llene de esperanza para que ellos también aporten su juventud a unas comunidades cada vez más envejecidas. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**
5. Por todas las personas que sufren por cualquier causa; en especial por los que se sienten solos y abandonados. Para que, a través de nuestro compromiso, sientan la mano amiga de Dios cerca de ellos, encontrando así un motivo para la esperanza. **ROGUEMOS AL SEÑOR.**

HOMILÍA

La solemnidad de Pentecostés debería tener un protagonismo mucho más grande en el corazón de los cristianos del que tiene en la actualidad. Tras la Resurrección y la Natividad, Pentecostés tal vez sea la solemnidad más importante del calendario litúrgico; sin embargo, no acaba de encontrar el eco adecuado en la espiritualidad cristiana. Tal vez el Espíritu Santo sea la persona o expresión de la divinidad más olvidada. Sin que esto afecte a Dios en su misma esencia, esta pobreza a la hora de experimentar la presencia del Espíritu Santo empobrece muchísimo la espiritualidad cristiana. De nada sirven algunas espiritualidades de corte carismático que, en un loable afán de hacer ver la importancia del Espíritu Santo, animan a la Iglesia con su peculiar estilo, no exento en algunas ocasiones de exotismo y también de alguna que otra excentricidad. Tampoco estos excesos contribuyen a equilibrar el misterio trinitario. Y es que, sin maldad alguna, engrandecemos tanto a las Personas del Padre y del Hijo que terminamos por ensombrecer su presencia redentora aquí y ahora, que es justo la tarea del Espíritu Santo.

De la importancia de esta solemnidad da buena muestra la variedad de lecturas que la liturgia nos ofrece, con una vigilia propia y una misa del día con lecturas también propias para algunos de los tres años litúrgicos. Basándonos en estas lecturas, vamos a intentar hacer una semblanza sencilla del Espíritu Santo que nos ayuda a situarnos bajo su sombra, como lo hizo María, para que bajo su influjo seamos capaces de acoger a Dios en su dinamismo creador, irradiándolo al mundo entero y superando cualquier miedo o resistencia.

Lo primero que vemos en las lecturas de estos dos días es la contraposición entre la uniformidad humana que termina en la división de Babel y la diversidad de la primera Iglesia que deriva en una unidad difícil de explicar humanamente. Efectivamente, Babel es el símbolo de la humanidad manipuladora de lo natural y rendida a lo artificial con el objetivo de alcanzar el cielo por las propias fuerzas, sin referencia alguna a Dios. El texto dice que la sociedad de Babel buscaba la “fama”, una verdadera plaga que hoy se visibiliza de forma histriónica en la cantidad de jóvenes que quieren ser “influencers” o en los muchos que necesitan de la aprobación de los demás para sentirse bien. Existe en el corazón del hombre débil de hoy en día una necesidad imperiosa de sentirse reconocido y valorado.

Dios no estuvo ni está ajeno a esta realidad. Resulta curioso que el texto del Génesis que leemos en la vigilia del sábado por la noche, ponga en los labios de Dios: *“nada les resultará imposible”*. En teoría, Dios parece ser como un enemigo de la humanidad cuando ésta es consciente de no tener límites. Pero, incluso aunque fuera posible un mundo sin límites donde todo fuera posible, ¿sería bueno y deseable ese mundo? ¿Son los límites necesarios para la vida o podemos vivir sin ellos? ¿Es necesaria la pluralidad que se deriva de la confusión de lenguas que Dios provoca o estamos mejor viviendo en la homogeneidad y la uniformidad? ¿Son los disidentes seres indeseables o tienen un rol en la creación? Es curioso como antes de la Encarnación, Dios ya bajó a Babel, pero no para bendecir la uniformidad del mundo, sino para dispersar. ¿Por qué esta dispersión puede ser buena? ¿Qué hay de bueno en que la gente se disperse por el mundo? Tal vez una respuesta sencilla la tenemos en lo que ocurre en países como España, donde la tendencia a aglutinar a todo el mundo en torno a las grandes ciudades con vidas cada vez más clónicas, está provocando una “España vaciada” y con ello la pérdida de nuestra alma, el contacto con la naturaleza, la riqueza de una cultura plural, diversa y al mismo tiempo rica y fecunda. ¿No son nuestras vidas parte de una gran Babel? ¿No necesitamos realmente que Dios confunda nuestras lenguas para dispersarnos, vacunándonos así contra el virus de la uniformidad y de un globalismo cada vez más dictatorial? A veces el caos y la dispersión son soplos del Espíritu zarandeando nuestras ordenadas y asépticas vidas; golpeando fuerte para derribarnos de nuestros aires de grandeza, normalmente demasiado rígidos para que quepan los demás.

San pablo, en la carta a los Romanos, nos habla de un mundo que gime, pero que también espera. Se resalta así el valor de la esperanza como tabla de salvación. Esperar significa creer en lo que está por venir, no en el apego a lo que ya se tiene. Es precisamente el caos el que nos desinstala de nuestras seguridades; el que nos hace cambiar de ideas para que no nos dogmaticemos; el que mantiene vivo nuestro sentido crítico para estar siempre alerta y no pretender meterlo todo en nuestros estrechos esquemas. Quien asume el riesgo de dejarse dispersar por Dios sabe bien que si nuestras torres caen y nos vemos obligados a hacer un esfuerzo por entender a los demás, es porque en ese esfuerzo hay una gran recompensa. Nos mueve así no lo que vemos, sino lo que no vemos. Lo que vemos nos paraliza y sedentariza. Lo visible nos obliga a construir torres defensivas; lo que no vemos nos ayuda a descubrir montañas y valles desconocidos. La búsqueda de la seguridad nos termina por apegar a las cosas, mientras que el aparente “caos” en el que nos sumerge Dios, a la larga nos hace flexibles y fuertes, no tibios y quebradizos.

En el Evangelio de la vigilia, el Señor se nos ofrece como el agua que calma la sed. No es agua embotellada, precisamente, sino agua del arroyo, de la fuente que mana viva y alegre. ¡Qué importante es el tema de la sed en la espiritualidad cristiana! ¡Qué anhelo más básico e incontrolable! La sed es una de las necesidades más básicas del ser humano; verdadero símbolo de todos los demás anhelos de la humanidad. ¿Cómo calmar esta sed? Pues únicamente con el Espíritu de Dios que mana de su costado abierto. Como Eva fue sacada del costado de Adán, así la Iglesia nace del costado abierto de Cristo, del que mana agua y sangre. Para san Juan, la escena de Cristo en la cruz, más que una visión dantesca es gloriosa. Pero ¿Cómo se puede calificar como glorioso algo tan cruel? La gloria no está en lo que se ve, pues esa visión es ciertamente terrorífica, sino en lo que no se ve aparentemente. Y lo que no se ve a primera vista, pero se aprecia cuando miramos despacio, es una vida libre, entregada y sacrificada por un amor imposible de definir en su grandeza. La cruz es así la expresión máxima del amor; el lugar desde el que para Juan Dios derrama su Espíritu a toda la humanidad representada en las figuras de María y del discípulo amado. Así, si para Lucas el Espíritu viene cincuenta días después de la pasión y muerte del Señor, para Juan ese Espíritu ya está presente desde el mismo momento en el que a Jesús de Nazaret le arrebatan la vida. Porque esa vida no se pierde; su aliento no desaparece, sino que pasa a la Iglesia, que vive animada y empujada por ese aliento: el Espíritu de Dios.

Para saborear este misterio de una forma más visual tenemos a san Lucas, quien en los Hechos de los apóstoles nos ofrece la visión clásica de Pentecostés. Lucas ofrece detalles dignos de mención: una comunidad reunida, un ruido del cielo (como un viento recio) y unas lenguas (como llamaradas de fuego) que se reparten sobre los presentes. Parece claro que el viento hace referencia a la Ruah (el Espíritu o el aliento de Dios) sin el cual no es posible que las lenguas puedan hablar. Ese viento, modelado por las lenguas se transforma en voz, sonido y palabras de fuego que llegan al corazón de los que los escuchan, incluso en sus propias lenguas. Pero la gente se arremolina no por el orden con el que hablan, sino por el ruido que debía provocar tan efusiva experiencia.

Efectivamente, lo que muchas veces atrae a las personas a la Iglesia es el “ruido” y la curiosidad que ello despierta. El papa Francisco pedía a los jóvenes “hacer lío”; esto es algo parecido. Se trata de dejarse inundar por el aparente caos que el Espíritu provoca, porque la presencia del Espíritu rompe la tranquilidad de los grupos encerrados en sí mismos, obligándolos a pronunciarse, impulsándonos a alzar la voz.

Sólo la gente que siente el caos en su corazón es capaz de entender el lenguaje de la fe cuando éste no le viene enlatado o precocinado, sino a lomos de un caos parecido al suyo. Así, incluso hablando lenguas diferentes, somos capaces de entendernos. He aquí la reconstrucción de aquello que en Babel se había roto. La dispersión por la tierra, lejos de ser un fracaso, se convierte en una hermosa armonía de sonidos, todos ellos necesarios, como una orquesta donde cada instrumento aporta su propia melodía para que la sinfonía suene como una única obra.

La carta a los corintios profundiza en esta necesidad de diversidad, hablando de tres tipos distintos: diversidad de dones, de ministerios y de funciones, pero que provienen de un mismo Espíritu, de un mismo Señor, y de un mismo Dios. Aquí somos capaces de ver la fórmula trinitaria que san Pablo utiliza, pues nada hay más ordenadamente caótico y caóticamente ordenado que la Trinidad, en donde caos y orden se complementan de forma perfecta, para que quien viene del caos encuentre sentido en el orden y quien proviene del orden sepa abrirse a la distensión del caos.

Ello provoca una Iglesia plural, alimentada por los dones del Espíritu, que nosotros no podemos provocar. Cada uno de nosotros tenemos las cualidades que tenemos porque Dios así lo ha querido, por pura gracia. El reto está en saber expresar esos dones a través de los ministerios o servicios adecuados. He aquí donde el caos de los dones encuentra un cauce, una senda por la que encarnar en cada tiempo y espacio la gracia de Dios. A la Iglesia le compete (y no sólo al agraciado con los dones) el asignar los servicios que vayan acorde con los dones. No es esta tarea fácil, requiriendo de un profundo discernimiento. Pero cuando se acierta, entonces las funciones que se realizan en el seno de la Iglesia, bien sea hacia la misma Iglesia (ad intra) o hacia el mundo (ad extra), encuentran su verdadero sentido. Sólo así se consigue el equilibrio entre lo que se siente y lo que se hace, siempre para el bien común de toda la comunidad.

El Evangelio de Juan del domingo repite de alguna manera el esquema de Lucas. También Jesús resucitado se encuentra con una comunidad reunida, con las puertas cerradas por miedo. Pero para Cristo resucitado ya no hay puertas capaces de detener su presencia. Él se aparece “en medio”, deseando la paz, que es la primera palabra que sale de los labios del Resucitado, y mostrando sus manos y su costado como manantiales de donde brota esa paz, fruto del Espíritu que sigue irradiando, y lo hará hasta su subida a los cielos y después de ella también.

No se puede sentir más que alegría ante esta presencia victoriosa. La segunda vez que Jesús pronuncia la palabra “paz” se produce para introducir un envío, o mejor, un reenvío, pues lo que busca Jesucristo es hacer a su Iglesia participe de la misión trinitaria, introduciendo a los creyentes en una dinámica de vida. Así, si el Padre envía al Hijo, el Hijo debe enviar con la misma fuerza que recibe del Padre (el Espíritu) a sus discípulos, capacitándoles para que puedan enseñar en su nombre, ratificando esa enseñanza con sus mismas obras. El primer efecto de este envío es la capacidad de PERDÓN, sólo al alcance de Dios, pero que Dios quiere poner en manos de la Iglesia bajo la batuta de su Espíritu.

Volviendo al principio de esta homilía, hay que insistir sobre la importancia de descubrir en nuestra espiritualidad la radical presencia de la santísima Trinidad. Somos incorporados a esta comunión de amor y vida por medio del Espíritu de Jesús. No somos espectadores pasivos, sino sujetos activos del proceso de salvación universal que Dios quiere para su creación. Ya sea generando el caos en un mundo prepotente e injusto (Babel) o buscando la unidad en la diferencia, somos llamados a hacer presente con nuestras vidas el aliento y el fuego de Dios, empujando a los que se sienten débiles y calentando e iluminando con nuestro fuego a los que viven en la oscuridad o sienten la frialdad de un mundo que les margina. Que pentecostés marque el punto de inflexión en nuestras vidas para tomar conciencia de nuestra espiritualidad misionera, porque sin ella, sólo creceremos a lo alto, como en Babel, pisándonos unos a otros, y no a lo ancho, expandiendo a ras de tierra el amor de un Dios que quiere elevarnos hasta el infinito.